

# PRIMERA PARTE



# 1

1 DE ABRIL, 1943

Cuando John Easley abre los ojos bajo el cielo del mediodía, su vida no desfila ante él. Ve en cambio una lámina uniforme de cielo grisáceo, como si hubiera perdido el color después de muchos lavados. Parpadea dos veces y fija la mirada en las diminutas motas negras que se deslizan ante las nubes. Cruzan su campo visual allí donde posa la vista. Son «moscas flotantes», según dictaminó el médico el invierno pasado. Añadió que a la edad de Easley, treinta y ocho años, era algo muy común. Minúsculas porciones del revestimiento interior del globo ocular se desprendían y flotaban en el humor gelatinoso. Lo que Easley ve no son en realidad las propias motas, sino las sombras que éstas proyectan a su paso ante la retina. El médico le aconsejó que, para evitar que lo distrajeran, procurase no fijar la mirada en una hoja en blanco, el cielo o la nieve. Éstos son sus primeras reflexiones conscientes en la isla de Attu.

Se incorpora. Al hacerlo, tiene la sensación de que la cabeza se mueve por propia inercia, como si deseara proseguir su propia trayectoria ascendente. Un dolor sordo le traspasa las costillas. Apoya las manos desnudas en la nieve para no perder el equilibrio. El paracaídas se hincha a sus espaldas: una transgresión icterica en contraste con el manto blanco, por lo demás impoluto. La niebla es tan densa que no ve el extremo de la seda. Por un momento teme que el paracaídas capture un soplo de brisa y lo arrastre pendiente arriba.

Por encima de él, los aviones, invisibles, zumban y vuelan en círculo.

Easley flexiona las manos. Con la velocidad de la caída, se le han desprendido los guantes. Se contempla las largas piernas y mueve las botas de un lado a otro. Se quita la gorra de vuelo, se palpa el cuero cabelludo entre el pelo, busca indicios de sangre. No encuentra. Se desabrocha el arnés, se vuelve boca abajo e, impulsándose con los brazos, se levanta. Inexplicablemente, está sano y salvo. Y así empieza todo.

La niebla no es un simple aliado; es un amigo personal e íntimo. Camufla sus errores y despliega sobre él su ala protectora, permitiéndole eludir la detección. Pero a la vez lo aísla de la tripulación, si es que ha sobrevivido alguien más. Lo asalta entonces el destello rojo de un recuerdo: en la solapa de un soldado de las fuerzas aéreas aparece súbitamente una mancha, como una flor en el ojal, y su cabeza se desploma primero al frente y luego a un lado.

No mucho más abajo la nieve da paso a un campo vacío que se pierde de vista en la niebla. Los tallos del ballico del año pasado, de un metro de altura, presentan una coloración parduzca y están aplanados por el peso del invierno. Easley se acerca al paracaídas, lo recoge y, pese a que opone resistencia, lo guarda apresuradamente en la mochila. Se la carga sobre los hombros, hace una mueca por el dolor del costado y, acto seguido, se yergue en actitud desafiante, sin saber muy bien qué hacer.

Las esporádicas detonaciones del fuego antiaéreo japonés, a lo lejos —¿diez kilómetros, quince?—, comienzan a definir el espacio. Entre una explosión y otra, se oye el rumor cercano del rompiente de las olas. La niebla desorienta, distorsiona, como cuando uno fija la mirada en aguas profundas. En un radio de cien metros de visibilidad, no hay un solo sitio donde ponerse a cubierto. Está total y absolutamente a la vista. Se quita la mochila y la usa a modo de asiento.

Se observa el dorso de las manos, ahora enrojecidas por el frío. Últimamente le recuerdan a las de su padre. Ya no son las manos de un joven, claras y tersas. Da la impresión de que todos los poros

y todas las venas han aparecido de pronto. Una topografía de finas arrugas y cicatrices deslavazadas.

John Easley tenía ya siete años cuando soltó la mano pegajosa de su hermano en la estación Victoria de Londres. Habían llegado de Vancouver, vía Montreal, hacía sólo un día con el objetivo de pasar los siguientes ocho meses en un pequeño piso mientras su padre, ingeniero, realizaba un curso de especialización. John tendría responsabilidades. Pero por el momento, mientras su madre buscaba empleo y su padre hacía cola ante la taquilla del metro para comprar los billetes, su única obligación era quedarse en el banco y vigilar a Warren, de tres años. Sin embargo esos magníficos trenes que entraban y salían de la estación lo fascinaban. Aún hoy está seguro de que tenía a su hermano cogido de la mano cuando se alejó por el vestíbulo, en igual medida que sabe que fue él quien se la soltó.

La culpabilidad le sobrevino de pronto como un acceso de fiebre. La sentía todavía después de tantos años. Miró alrededor, pero todos los bancos, todos los andenes parecían iguales. Eran muchos los niños pequeños entre quienes escoger, cada uno firmemente unido a otra familia. Empezó sólo trotando, pero enseguida echó a correr y salió de la estación, convencido ya de que era demasiado tarde. La adrenalina dio paso a las náuseas y luego lo invadió una sensación de mareo.

Despertó entre un corrillo de rostros femeninos con la vaga idea de que había vuelto de entre los muertos. Pero pronto apareció su padre, pálido y desencajado, con su hermano Warren en brazos. Dio las gracias a las mujeres y agarró a John por la parte superior del brazo. Ya a una distancia prudencial, dejó a Warren en la acera y se volvió hacia su hijo mayor: «¿Cómo has podido soltar a tu hermano? ¿Adónde demonios te has creído que ibas?» A continuación, por primera y única vez en la vida, Easley vio a su padre venirse abajo. Para que nadie lo viese llorar, alzó sus dos grandes manos y, abochornado, se tapó la cara.

Los estampidos del fuego antiaéreo son cada vez más esporádicos y al final cesan por completo. Se levanta el viento. Easley se pone en pie y escruta la bruma. Desciende unos doscientos metros por la pendiente, deja atrás la última franja de nieve y entra en el campo de ballico aplanado. El terreno, blando y esponjoso, baja hacia la playa. No hay un solo árbol, ni arbustos de ningún tipo.

Un pequeño arroyo se interpone en su camino. No tiene más de un metro de ancho y serpentea entre la hierba marchita. Easley se tumba boca abajo en la orilla, con la cabeza por encima del agua. Acerca los labios a la fría corriente y bebe con tal anhelo que empieza a dolerle la cabeza. Cuando el dolor remite, vuelve a beber como si no hubiera visto agua desde hace días.

Se levanta y advierte un resplandor en el cauce, la insinuación del reflejo de un rayo de sol. Una ráfaga de aire agita el cuello forrado de piel de su traje de vuelo, que le roza la mejilla por un momento. Al lejano graznido de un charrán ártico sigue, extrañamente, lo que parece una tos. Easley gira sobre los talones. Ahora dispone quizá de unos treinta metros de visibilidad, y ésta mejora por momentos. Cuanto más le alcanza la vista, más consciente es de que está totalmente al descubierto. No hay un solo tocón o peñasco tras el que buscar protección, ninguna zanja donde ocultarse. Le da un vuelco el corazón. Easley escucha con atención por si vuelve a oírse la tos, pero percibe sólo el rumor de las olas. Permanece inmóvil, ahí de pie, con los pulgares en torno a las correas del arnés, sin saber qué hacer.

Y entonces se vuelve y ve abrirse un resquicio en la niebla. El resquicio, como unas cortinas infinitas al separarse, se ensancha y avanza hacia él, iluminando la tierra, caldeando el aire a su paso. Finalmente, la lámina de nubes se abre por completo y el sol se derrama justo encima de él. Es tal milagro que olvida, por un instante, que se halla tras las líneas enemigas.

La abertura desciende por la pendiente hacia la playa. Easley distingue ahora la espuma blanca de las olas bajo el azul del cielo.

Mientras la abertura se extiende y libera cada vez más espacio, vuelve a oír la ligera tos y mira entre los vapores en busca de su procedencia. Desarmado, tiene que limitarse a observar una silueta que cobra forma cerca de la orilla del mar. ¿Un japonés? ¿Un miembro de la tripulación? Es obvio que ese hombre lo ha visto. Easley no sabe si levantar las manos o echar a correr.

La niebla se desprende como satén de las laderas de un volcán inactivo, revelando una gélida belleza. Bajo el peculiar sol aleutiano todo se dibuja con un acusado relieve: porciones de blanco, los restos parduzcos de la hierba del año pasado, el Pacífico Norte de un azul sanguíneo. Cuando Easley identifica la figura solitaria, refrena el impulso de lanzar un grito de júbilo. Retira un pulgar del arnés, alza la mano y saluda.

Un nuevo estallido de fuego antiaéreo, y ambos se arrodillan.

A continuación la bruma, tan deprisa como antes ha empezado a moverse, detiene su retirada. Como una ola volviendo al mar por la playa, vacila, cambia de dirección y sube de nuevo. Los dos hombres se encaminan el uno hacia el otro en la bruma cada vez más densa. Los colores y la luz anteriores ahora parecen un sueño. Los dos se aproximan con una sonrisa cada vez más ancha en los labios, como si fueran los únicos que conocen el significado de una broma. Y cuando se hallan el uno ante el otro, se estrechan en un largo y fuerte abrazo, como hombres que han burlado juntos la muerte, como hombres convencidos de que lo peor ha quedado atrás.

El chico, Karl Bitburg, parece exhausto. Easley se da cuenta de que está empapado en cuanto se abrazan. El muchacho, inmóvil y sonriente, tiritita. Easley calcula que no tiene más de diecinueve años y, a su pesar, duda que llegue a cumplir los veinte.

—¿Has encontrado a alguien más? —pregunta el chico arrastrando las palabras, con tono de desamparo.

—No. ¿Has caído al agua?

—A unos treinta metros de la orilla. He salido lo más deprisa posible, y una vez en la playa recuperé el paracaídas. Lo he escondido debajo de una roca, por allí. —Señala con el mentón hacia el otro extremo de la playa—. No creo que los japoneses lo hayan visto. Están al otro lado de los montes.

Ha sido pura suerte, dice Easley, que él haya caído en tierra. La niebla era en ese momento tan espesa que no ha alcanzado a ver lo que tenía debajo segundos antes de pisar el suelo. No ha visto ningún otro paracaídas y ha perdido por completo el rastro del avión. Mientras habla, observa al chico temblar y se plantea —por primera vez— la intensidad del frío y la humedad a que se enfrentan. El muchacho tiene el rostro pálido, exangüe, y está tan encogido que se lo ve más bajo que antes. No se parece en nada al gallito jactancioso al que Easley conoció hace dos días.

—Deberíamos buscar a los otros —anuncia el chico.

—Tienes que secarte.

—Es necesario encontrar a mis amigos, maldita sea. Y eso es lo que vamos a hacer. —Se yergue un poco, echa la barbilla al frente—. Yo conozco a esos hombres. Vivo con ellos. Tú sólo nos acompañas.

—Si no te secas y dejas de temblar, mañana estarás muerto.

Observando al chico, Easley sale del aturdimiento en el que venía sumiéndose y consigue fijar la mente en algo. También concibe la idea de futuro por primera vez desde que ha aterrizado en la nieve.

—Soldado de primera clase de las fuerzas aéreas —se presenta el chico, declarando su rango—. Tú ni siquiera tendrías que estar aquí. Hasta que encontremos al teniente, soy yo quien está al mando.

—Tú mismo —responde Easley—. Pero ahora que se ha levantado otra vez la niebla, puede que nos convenga encender una fogata para que te seques. Así tendremos un sitio adonde traer a tus amigos, si es que queda alguno. —Advierte que el chico está pre-



dispuesto a atenerse a razones—. Puede que haya japoneses vigilando. Deberíamos ponernos a cubierto.

—Podrían oler el humo.

—Aquí, con una hipotermia, eres hombre muerto.

El chico se planta en jarras y contempla la niebla.

—Se me ha mojado el encendedor.

Easley se lleva la mano al bolsillo y busca su propio Zippo relictante. Lo saca, lo abre y produce una nítida llama anaranjada.

En la playa hay poca madera arrastrada por el mar, y encontrar leña seca es imposible. Sabe muy bien que en todo el archipiélago de las Aleutianas no crece un solo árbol y la única leña disponible son los troncos y ramas raídos que las olas traen de costas lejanas. Los trozos mejores se encuentran allí donde la playa da paso a la juncia y el ballico, donde olas díscolas han llegado y retirado la tierra de debajo de la maraña de raíces. Bajo las repisas así formadas, se acumulan unos cuantos palos y troncos. Esa leña y la hierba marchita proporcionan yesca suficiente para encender una hoguera.

Localizan una quebrada poco más allá de la línea de marea. Pronto oscurecerá. El chico se queda de pie frente a Easley, al otro lado de la hoguera, desnudo de cintura para arriba, sosteniendo su gruesa guerrera forrada de lana por encima de las llamas.

Tiene el cuerpo blanco y fibroso. Es de estatura media, un poco más bajo que Easley. Aquí su constitución atlética no va a servirle de mucho, piensa Easley. La ausencia de grasa da poco pie al optimismo. Lleva un tatuaje reciente en el hombro: el ancla y el águila de la Marina estadounidense. La marca de un guerrero. Se le antoja ridícula en esa piel pálida y desvalida. Le confiere un aspecto aún más juvenil. El traje de vuelo empapado, su única verdadera protección, probablemente no llegará a secarse.

Easley lo observa tiritar cerca de las llamas. Se acerca a él, se quita su propia guerrera y se la coloca alrededor de los hombros. El chico se arrebujá en la prenda cálida y expresa su gratitud con

un gesto de asentimiento. A continuación Easley se quita el pantalón de cuero y se lo ofrece, y se queda sólo con un pantalón de algodón, la camisa y la chaqueta.

El chico se quita el resto de la ropa mojada y se pone el pantalón de Easley. Después, con brazos trémulos, acerca los calzoncillos mojados al fuego.

—No suelo enseñar las joyas de la familia en la primera cita —explica—, aunque siempre lo intento.

La quebrada tiene una profundidad de menos de tres metros, pero basta para ocultar la luz de la fogata. Quizás el resplandor sí se vea directamente desde el mar o desde los montes situados a unos kilómetros de distancia. Las cosas podrían estar peor. Permanecen ilesos, el enemigo no parece haber detectado su presencia, y el chico se reanima por momentos. Sobrevivirán a la noche.

Cuando oscurece, la niebla se despeja y las estrellas brillan con desafiante intensidad. Las montañas, de un negro morado, se ciernen sobre ellos. Y el trazo fosforescente formado por la espuma de las olas es la única línea de demarcación entre la tierra y el mar en la oscuridad.

Easley toma conciencia gradualmente de que sólo están matando el tiempo. En la misión de bombardeo despegaron seis aviones. Sólo la Marina sabe cuáles no han vuelto. Quizás alguno de los otros artilleros haya visto estrellarse el avión de Easley en el mar helado. Está convencido de que ya no los buscan, o no lo buscan a él en concreto. Dan por supuesto que se han ahogado o han sido capturados. Todos aquellos que participan en estas misiones saben que no hay esperanza de rescate. En la isla de Adak, los compañeros del chico darán por desaparecidos en combate a él y sus compañeros, y esta noche levantarán una copa en su memoria. Dentro de unas semanas, sus padres recibirán una vaga carta endulzada a base de tópicos. Su hijo fue más allá del cumplimiento del deber, combatió con honor.

La esposa de Easley no recibirá esa clase de correspondencia.

Helen sabrá a estas alturas que él ha regresado a Alaska, pero ni siquiera ella imaginará que ha vuelto hasta las mismísimas Aleutianas. Easley evoca las manos elegantes de Helen, su sonrisa sesgada, su cabello suave en la nuca, pero sobrelleva aún la culpabilidad de haberla dejado atrás. La imagina antes de la guerra, antes de que todo cambiara, sentada junto al intenso fuego en casa de su padre, bañada por el calor y la luz.

Easley despierta con un dolor en las costillas. El chico, arrimado contra él, permanece dormido en el paracaídas. La repisa de raíces sigue sobre ellos; el mar no la ha invadido. Al apagarse el fuego anoche, cubrieron las brasas y luego buscaron refugio donde antes encontraron la leña en la línea de marea. Apenas había espacio para los dos. Pasando por alto el protocolo de montar guardia, sacaron el paracaídas de Easley, se envolvieron en él y no tardaron en dormirse.

Mueve la cabeza y escruta el blanco cegador. A unos diez metros ve un par de botas en la nieve recién acumulada, y poco después un delgado chorro amarillo. Contiene la respiración. El soldado, al acabar, se aleja pesadamente hacia la playa y contempla el mar. Pronto se reúnen con él otros cuatro soldados y, pateando el suelo, lanzan miradas a las laderas y los picos de los montes. No detectan el angosto escondrijo. Una exigua capa de nieve de cinco centímetros ha cubierto todas las huellas e indiscreciones anteriores. Los japoneses parecen cansados y aburridos. No ven nada.

Easley alarga el brazo y cierra la mano en torno a la boca y las mejillas del chico. Éste despierta sobresaltado, lo mira a los ojos y a continuación se vuelve lentamente hacia los soldados, que ahora encienden cigarrillos y se cambian de hombro los fusiles. Cuando los pierden de vista, Easley deja escapar un suspiro y vuelve a tenderse.

—Caramba. —El chico se frota los ojos—. Por lo visto va a salirte un artículo más interesante de lo que esperabas.

Un artículo. La palabra se le antoja un insulto. Al despegar el avión, el piloto anunció que llevaban un periodista a bordo. Corresponsal de guerra, nada menos. Ya venía siendo hora de que el mundo empezara a prestar atención.

Permanecen tumbados en silencio, aguzando el oído, alertas mientras el día adquiere fuerza y la nieve se funde en el borde de su guarida.

Easley viajó por primera vez al Territorio de Alaska hace casi un año, por encargo de *National Geographic Magazine*. Llegó a la isla de Atka, en la zona central del archipiélago de mil ochocientos kilómetros de longitud, y pasó allí dos semanas en primavera, recorriendo a pie los exuberantes montes verdes de un lugar que, al menos visto desde el aire, le recordó la isla hawaiana de Molokai. Antes de ese encargo, apenas conocía la existencia del archipiélago. Entrevistó a aldeanos tímidos pero hospitalarios y fue invitado a salir de pesca con ellos. Asistió a los oficios de la iglesia ortodoxa, se dejó envolver por el incienso y el esplendor. Quedó fascinado tanto por la historia natural como por la humana: por la gente, en la que se habían entretejido los rasgos rusos y autóctonos, y por su cultura. Sin proponérselo, se había topado con un mundo poco conocido y remoto.

Pero el 3 de junio de 1942, sólo tres días antes de la fecha en que tenía previsto volver a casa, los japoneses lanzaron un ataque desde portaaviones ligeros y bombardearon la base naval de Dutch Harbor y la base militar de Fort Mears, matando a cuarenta y tres hombres e incendiando barcos y edificios. Estos puestos avanzados en las islas de Unalaska y Amaknak, cerca del territorio continental de Alaska, eran las únicas defensas de Estados Unidos en el archipiélago aleutiano. El 7 de junio tuvo lugar la victoria de Estados Unidos en Midway. Ese mismo día, seis meses después del ataque a Pearl Harbor, los estadounidenses se enteraron de que el ejército japonés

se había apoderado de las islas de Kiska y Attu, en el extremo más alejado de la cadena Aleutiana. Once días después la Marina estadounidense, en un breve comunicado a la prensa, quitó importancia al hecho. El encargo inicial de Easley, un artículo sobre historia natural, quedó relegado de inmediato. Cuando finalmente llegó a Dutch Harbor, el lugar todavía humeaba.

Uno de los cinco o seis periodistas activos en ese nuevo escenario bélico, Easley, obedientemente, recogía los partes oficiales y los transmitía a los ávidos directores de periódicos nacionales. Pero luego empezó a entrevistar a miembros de las fuerzas aéreas recién regresados de vuelos de reconocimiento. Tomó notas sobre lo que veían, sobre los rumores de cómo se atrincheraban los japoneses. Con sumo cuidado, tachaba sus propios textos, eliminando todo aquello que pudiera poner en peligro a las tropas, y aun así el censor militar trazaba gruesas rayas negras sobre la mayoría de los datos concretos. En el texto resultante se leía, por ejemplo: «████████ campamentos enemigos en ██████████ reforzados al amparo de la niebla. ██████████ buques de la Armada Imperial japonesa fueron avistados ██████████ en el ██████████ y ██████████ intentando reabastecerse. Si bien se han perdido ██████████ aviones y ██████████ hombres a manos del agresor, las mayores amenazas para nuestras tropas son con diferencia el viento, la lluvia y el frío».

Pronto se dio orden de que todo el contingente de prensa abandonara Alaska, pese a que los congresistas reclamaban ahora noticias de este lejano rincón del territorio estadounidense, noticias distintas de las que emitía la Rosa de Tokio. Pero ahora el Departamento de la Guerra sometía a un intenso examen los partes procedentes de las islas Aleutianas, convertidos en asunto de seguridad nacional. A medida que el flujo de información procedente de Alaska se reducía a un goteo, la intervención de Estados Unidos en el norte de África y Guadalcanal sirvió para desviar la atención. Y las agencias oficiales de noticias seguían pregonando a bombo y platillo la victoria de Midway.

Alguien quería que esta batalla no se librara bajo las miradas de los curiosos. ¿Qué escondían en las Aleutianas? Si los japoneses establecían una base desde donde atacar el continente, la población civil de Alaska, Columbia Británica y el estado de Washington tenían derecho a saberlo y prepararse. Easley era uno de los pocos periodistas con un mínimo conocimiento de ese rincón del mundo. ¿Qué clase de periodista se achanta ante un deber como éste?

Al cabo de unos meses, desoyendo las advertencias de los directores de sus publicaciones, de amigos y de Helen, Easley y otro periodista regresaron furtivamente haciéndose pasar por marineros de un buque mercante. Sin llegar a las Aleutianas, estuvieron una semana indagando en la isla de Kodiak antes de que los mandos se enteraran. Tras un largo interrogatorio, los enviaron al sur, previamente advertidos de que podían acabar en prisión conforme a las disposiciones de la Ley de Espionaje. La siguiente vez Easley viajó solo, oculto pese a estar a la vista de todos. Regresó en avión una tercera vez, vistiendo el uniforme de teniente de las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses: el uniforme que había pertenecido a su hermano. Falsificó los documentos en que solicitaba la condición de observador para futuras operaciones conjuntas en el teatro de operaciones aleutiano. Fue meticuloso, ensayó bien el papel y lo desempeñó con naturalidad.

Easley no tardó en reunir los datos básicos tal como los conocía la Marina. Hay unos dos mil soldados enemigos atrincherados en torno a la única aldea de la isla de Attu. A juzgar por los barracones, los vehículos y las carreteras que los japoneses construían en la isla vecina de Kiska, podía haber allí unos efectivos de hasta diez mil hombres. La posibilidad de que esas remotas islas fueran la brecha a través de la cual la guerra irrumpiese en Norteamérica era algo que la población civil no debía siquiera concebir, por poco que la Marina pudiera impedirlo. Contaban con que fuera posible contener el problema. El plan era debilitar al enemigo para después llevar a cabo un asalto anfíbio. El bombardeo regular de sus baterías antiaéreas, han-

gares de hidroaviones, bases de submarinos y aeródromos mantenían a los japoneses ocupados en continuos remiendos. Si el tiempo lo permitía, se enviaban misiones de combate seis veces al día desde Adak, la base de operaciones avanzada contra posiciones enemigas.

En Adak conoció al piloto de un aparato que accedió a llevarle cuando le explicó que en Estados Unidos nadie sabía a qué se enfrentaban allí él y sus hombres. El teniente Sánchez era un hombre sagaz y seguro de sí mismo, de la edad de Easley, con una sonrisa pronta y contagiosa. Según dijo, la idea de que los periódicos no informaran acerca de su guerra era como una patada en los huevos. Al cabo de dos días Easley fue lanzado por la compuerta de su hidroavión, un Catalina, mientras el aparato se precipitaba desde el cielo turbulento.

Easley sale a rastras de debajo de la repisa y echa un atento vistazo alrededor. Se levanta tambaleante, se despereza, se toca las costillas doloridas. El chico sale también, y juntos examinan las huellas de botas japonesas en la nieve, maravillados por no haber sido descubiertos.

Pero la capa de nieve también desvía la atención de Easley de la necesidad inmediata de encontrar alimento, cobijo y un escondite seguro. Se plantea, en cambio, el Problema Mayor, el hecho de que no pueden eludir la humedad y el frío tan fácilmente como a esa patrulla enemiga.

Por ahora tienen al menos el sol. El resplandor los obliga a entornar los ojos. Para subir los ánimos, declara que, al ritmo actual de deshielo, la mayor parte de la nieve nueva se habrá fundido al llegar la noche.

El chico le enseña a guardar debidamente el paracaídas en su mochila. Easley observa sus movimientos expertos, la acción de la memoria muscular y la circunstancia de que eso le da cierta ilusión de control. Una vez terminada la tarea, se quedan los dos en jarras, contemplando el apretado fardo.

—Veamos qué más tenemos.

El chico se vacía los bolsillos encima de la lona. Saca una navaja, el encendedor mojado, una llave, un chicle y cuatro cigarrillos aplastados.

—¿Para qué es la llave?

—Es de la puerta de mi casa.

Easley se lleva las manos a sus propios bolsillos y extrae sólo el Zippo y una moneda de cinco centavos con la imagen del búfalo en el anverso. Después vuelve a rebuscarse en todos los bolsillos, pero no puede añadir nada más a sus provisiones. El chico coge la moneda entre el pulgar y el índice.

—Me la regaló una antigua novia para que me diera suerte —explica Easley, omitiendo el detalle de que dicha novia acabó siendo su mujer.

—¿Y qué? ¿Has tenido suerte?

El periodista siente una repentina subida de adrenalina que lo coge por sorpresa. Observa al chico por un momento y advierte el brillo en sus ojos: un pretendido desenfado. Al percibirlo, se abstiene de pegarle.

—Ya me parecía a mí. —El muchacho parte el chicle en dos, se echa un trozo a la boca y ofrece el otro a Easley—. No me pareces un hombre con suerte. Toma. —Le devuelve la moneda—. Puedes invitarme a una copa cuando salgamos de este montón de mierda helada.

Por insistencia del chico, destinan la mayor parte del día a la búsqueda de los otros miembros de la tripulación. Escozor en la nariz y las mejillas, palpitations en los dedos de manos y pies. Regresan a su quebrada famélicos, desanimados y desengañados —al menos por lo que a Easley se refiere— de la idea de que pudiera haber sobrevivido alguno más de quienes viajaban en el avión. Después se separan y rastrean la playa. Easley busca leña; el chico, algo de comer.



Si bien en esta ocasión Easley está mejor preparado, la nueva fogata también le da problemas. Le duelen las costillas cada vez que toma aire para soplar las ascuas. Le complace ver que, como mínimo, ha gastado menos combustible del encendedor.

El chico llega con la guerrera llena de gruesos mejillones azules y moluscos con la concha semiacaracolada, algunos irreconocibles de tan aplastados, rezumando en la tela. Con actitud triunfal, los deja caer en la hierba y a continuación regresa con andar vigoroso a la playa. Vuelve con una piedra plana, que coloca cerca de las brasas.

—Cómo podemos saber si esto es comestible o no, me pregunto.

Easley alza la mirada y coge un mejillón agrietado. Se muerde el interior del labio inferior para sangrar. Luego hunde un dedo en la pulpa viscosa del mejillón y se frota los jugos en la herida de la boca.

—¿Y eso para qué sirve?

Easley se pasa la lengua por la herida varias veces para que los jugos entren en la incisión.

—No sé si aquí hay marea roja o no. Si se adormece el labio, significa que las algas se han echado a perder. Entonces los moluscos son tóxicos. Si no, puedes comerlos sin peligro.

Espera unos minutos e incluso se pellizca el labio un par de veces para cerciorarse. Cuando por fin mueve la cabeza en un gesto de asentimiento, el chico se frota las palmas de las manos con satisfacción.

Colocan los mejillones en la piedra plana, ya caliente, y los observan abrirse por efecto del calor. El chico ofrece a Easley el primero, todavía humeante en su concha. Simultáneamente, extraen sendos bocados de carne y mastican, mirándose por encima de las llamas. El muchacho hace una mueca, pero enseguida coge otro.

Pasan casi una hora entera asando y comiendo. A Easley esta escena, esta sensación, le trae a la memoria un ya lejano viaje en velero entre las resguardadas islas del Golfo con su hermano,

Warren, el último de esos viajes en la temporada, el primero que les permitieron realizar solos. El barco era muy pequeño y no disponían de espacio para dormir los dos cómodamente, así que extendieron mantas en una playa a sotavento. Por ser el mayor, Easley era el responsable de todo en ese viaje: las cartas, la navegación, la comida. No es que Warren, a sus trece años, no fuera capaz de participar en esas tareas. Era ya un marino consumado, pero lo eximió de cualquier responsabilidad real precisamente porque intuía la merma de su propia primacía.

La hierba en torno a la fogata se seca y su ropa pierde parte de la humedad que los ha atormentado a lo largo del día. Después de cenar, el chico se pone en pie y va a beber al arroyo. Regresa limpiándose los labios con el dorso de la mano y mira a Easley.

—¿Dónde has aprendido eso de los mejillones?

—Con un indio.

—¿De dónde has dicho que eres?

—No creo haberlo dicho.

—Pues ahora estoy preguntándotelo.

—He vivido en Seattle los últimos años —explica Easley—.

Antes vivía en Vancouver.

—En Canadá.

—Exacto.

—¿Y eso por qué?

—Soy de allí.

El chico asimila esta información en silencio, como si estuviese abstraído en cálculos aritméticos.

—Primer canadiense que conozco, me parece —comenta.

—Pues ahora compartes litera con uno.

—Habrías podido escribir y enviar tu artículo desde Adak. No tenías que estar en ese avión, ¿verdad?

—Ahora que lo dices, tampoco yo sé gran cosa sobre ti —observa Easley—. Cuéntame lo básico. Podemos ir añadiendo los detalles a medida que pasen las semanas y los meses.

—No va a pasar ni una puta semana.

Easley ve que el chiste no ha tenido éxito y lamenta sus palabras. El chico se tiende en el lado opuesto de la fogata y apoya la cabeza en la mano. Lo examina atentamente, calibrándolo.

—¿Qué edad has dicho que tienes?

—Treinta y ocho. ¿Y tú de qué parte de Texas eres?

—Eso que has detectado es el acento del oeste de Texas. Roan, Texas. Un pueblo tan grande que hay dos tabernas, y tan pequeño que conoces la talla de sujetador de todas las chicas.

Salta a la vista que no es la primera vez que esa frase sale de su boca.

El chico describe una tierra incultivable y pozos de petróleo que rinden poco o nada. Un padre al que no llegó a conocer, las continuas mudanzas de una casucha alquilada a otra. Amigos que hacían trampas jugando al billar, bautizos en una acequia, cerveza fría entrada de extranjis en un cine al aire libre en verano. Easley se representa un páramo seco y caluroso en el que la camisa se te queda rígida por el sudor.

El chico deseó en su día ser jugador de fútbol, pero descubrió que, por falta de envergadura, su corazón debía haber sido el doble de grande que el de cualquier otro. Llegó a la conclusión de que el suyo no lo era. En el instituto las cosas le fueron lo bastante bien para estudiar un semestre en la universidad antes de alistarse para ir a la guerra. Cuando salió de casa para ir al centro de instrucción, su madre ni siquiera lo acompañó a la puerta. Allí se quedó, cuenta él, encuadrada por la ventana grasienta, con el semblante inexpresivo, los brazos cruzados y tensos ante el pecho. Antes de que la camioneta se pusiera en marcha, recuerda claramente que las luces se apagaron y la casa quedó a oscuras.

Easley vuelve a sentirse al borde de ese espacio vacío que tan bien conoce, la brecha en la que uno se siente obligado a dar a conocer algún que otro retazo privado de su vida. Desea contar al chico que perdió a su hermano en la guerra. Y ahora, quizá, tam-

bién a su mujer. El muchacho abre su corazón de manera intuitiva. Easley se pregunta por qué él no puede corresponderle.

El chico se incorpora y saca su tabaco aplastado. Lo coloca en el pliegue que forma su regazo y acerca al fuego un ancho tallo de hierba parduzca. El aire empieza a agitarse otra vez y las estrellas asoman entre las nubes. No hay ni rastro de la luna. Easley lo observa poner el tabaco dentro del flexible tallo y luego liarlo. Lo lame como si fuera papel de fumar e intenta fijarlo. Le queda razonablemente bien. Trenza las puntas y obtiene un patético cigarrillo. Sonríe. Aproxima la punta al fuego, da unas caladas y acto seguido exhala un chorro de humo con profunda satisfacción. Se lo ofrece a Easley, quien se llena gustosamente los pulmones de cálido humo. En su otra vida, prefiere la pipa de espuma de mar, pero ahora este lamentable pitillo le sabe a gloria. El chico lía otro, y se solazan allí tendidos, calientes y a gusto, escuchando el rumor de las olas. Es el primer momento de placer del que disfrutaban desde que cayeron de las nubes.

Cuando la leña se consume, entierran las brasas y regresan a su escondrijo. Se envuelven en el paracaídas y procuran no pensar en cómo la arena absorbe el calor de sus huesos. Al menos están protegidos del viento. Después de muchas vueltas y cambios de postura, se acomodan y escuchan el ritmo de la marea menguante. Cuando Easley nota ya que lo vence el sueño, oye un sonido casi imperceptible, algo tenue y tranquilizador. El chico habla en susurros. Da gracias por haber eludido al enemigo, por los mejillones y la leña semiseca, por el don de un día más. Da gracias al buen Dios por la compañía de un tal John Easley.

La lluvia disipa la niebla y la claridad aumenta. Revela un mundo monocromo de distintos tonos de color humo. Esconden los paracaídas y parten en busca de comida, refugio, señales de otros hombres, el calor del movimiento. No encuentran más criaturas que

gaviotas de alas glaucas patrullando por la playa con hastío. Easley observa las gotas de agua resbalar por sus plumas como abalorios perfectos, igual que si se deslizaran por el capó de un automóvil bien encerado. Las gaviotas parecen observarlo a su vez tal como las personas podrían contemplar a un reo de camino al patíbulo: con curiosidad, pero reacias a mirarlo a los ojos por respeto. Se pregunta qué sabor tendrían asadas en las brasas de un fuego hecho con leña recogida en la playa.

Tras recorrer varios kilómetros de costa, queda claro que la isla no parece muy dispuesta a ofrecer cobijo. Las playas se ciñen a la orilla de las calas y terminan en salientes rocosos. Por encima de la línea superior de marea se extienden ondulados campos cubiertos de ballico aplanado. Más allá, después de elevarse el terreno unos cincuenta metros, nieve. Ni un solo árbol o arbusto que merezca dicho nombre. Ninguna mata colmada de bayas estivales. Ninguna vaca u oveja pastando; ni siquiera ciervos, conejos o ardillas. Aquí las únicas posibles fuentes de proteínas son también visitantes: las aves del cielo y los peces del mar.

El chico, encabezando la marcha, se empeña en permanecer al frente, y su postura delata el esfuerzo. En cualquier momento podrían avistarlos a kilómetros de distancia, y entonces serían blanco de los francotiradores.

En la playa siguiente encuentran un pequeño promontorio formado por tres niveles de roca. Otean el horizonte en busca de barcos amigos y los montes en busca de enemigos; luego trepan con dificultad, agazapados, procurando que su perfil no se recorte contra el telón de fondo del mar. El chico sufre un ataque de tos y se ve obligado a sentarse para recobrar el aliento. Easley escruta la tierra vacía. No hay nada digno de comentario. Sólo aves ufanas bordeando la orilla. Más de nada, y nada más.

Cuando descienden, Easley rememora los momentos en el avión, el zumbido de los motores, su pánico mudo e impotente cuando el fuego antiaéreo traspasó la cabina y las alas. Recuerda

las mejillas pálidas y la mirada aterrorizada del copiloto, y cómo éste comprobó metódicamente el paracaídas de Easley antes de lanzarlo por la compuerta.

El ritmo de las botas en la arena subraya el silencio impuesto entre ellos.

Al final el chico pregunta:

—¿Para qué queremos estas islas?

—Siento lo de tus amigos. Siento lo de Sánchez.

El muchacho se vuelve para mirarlo.

—Deberíamos caminar por la hierba siempre que sea posible. Aquí dejamos huellas.

Al final de la playa encuentran una quebrada, donde un riachuelo vierte sus aguas desde lo alto sobre un montón de piedras. La cascada cae justo ante la entrada de una cueva desde una altura de unos siete metros y hacia la mitad de su descenso se dispersa, formando una cortina de lluvia uniforme.

La cueva tiene unos diez o doce metros de profundidad, y quizá la mitad de anchura; la boca queda orientada en diagonal a la playa. El suelo rocoso asciende hasta confluir con el techo al fondo. Las paredes rezuman casi en toda su superficie. La parte trasera al menos no está salpicada por el agua. Como recién casados inspeccionando su primer chalet, exageran los aspectos positivos, pasando por alto el hecho de que no es más que un agujero en la pared de una quebrada.

—A esta distancia de la playa, la marea no será problema.

Easley se sienta en una roca.

El chico se limpia la nariz con una manga.

—¿Y si desviamos el arroyo?

Easley lo mira y ve en él una determinación que podría contagiarle rápidamente.

—¿Y si subimos a lo alto y construimos un pequeño dique?  
—prosigue el chico—. Con unas cuantas piedras y un poco de arena. Serán sólo unas horas de trabajo.

—Podríamos encender una hoguera, pero sólo de noche —comenta Easley, señalando la entrada de la cueva. Observa la pared opuesta de la quebrada y luego alza la vista hacia la lámina uniforme de cielo—. Con esta orientación, nadie verá la luz, salvo quizás un barco que pase. Estamos a muchos kilómetros de los japoneses; es imposible que huelan el humo.

El chico se rasca la cabeza.

—Yo diría que acabas de comprarte una cueva.

Para cuando Easley vuelve con los paracaídas, la luz no sostiene ya más colores que el gris. No ve al chico por ningún lado. La pequeña cascada que antes caía frente a la cueva se reduce ahora a un lento goteo. Dentro, muy al fondo, hay un lecho de hierba recién construido: una especie de nido enorme. El muchacho ha hecho maravillas durante su ausencia. Tenía ciertas reservas a la hora de separarse, aunque fuera sólo por unas horas, pero ahora ve que ha sido lo más sensato. Va al fondo de la cueva, se sienta en el nido y decide que éste cumplirá bien su función. Su gratitud por disponer de un espacio donde cobijarse, aunque sea así de tosco, se ve empañada por el temor a que pronto perezcan allí los dos, encogidos en esa caverna húmeda y fría, víctimas de la inanición.

Su casa, la primera donde han vivido Helen y él juntos, la encontró ella al ver un pequeño letrero escrito a mano en el cristal de una enorme ventana en voladizo. En Seattle había gran demanda de viviendas en alquiler desde que la Boeing trabajaba a pleno rendimiento, produciendo a marchas forzadas cazas y bombarderos para llenar los cielos de Europa y el Pacífico. Helen llevaba una semana buscando.

Era la planta baja de una casa victoriana pequeña y austera situada en Aden Street. El dueño vestía traje y sombrero oscuros, a juego con su propio talante sombrío. Su anciana madre había fallecido recientemente y no estaba preparado para separarse de sus

pertenencias. Lo había trasladado todo al piso de arriba, dejando el espacio inferior para los inquilinos. Dijo que quería gente buena y de fiar para ocupar el hogar de su infancia. Si todo iba bien, les ofrecería la primera opción de compra después de la guerra. Cuando llegó el momento de la entrega de llaves, el hombre tuvo una breve vacilación, en apariencia espontánea y emotiva. Helen le tocó el hombro, como haría con un amigo afligido. Le dijo que no se preocupara, que había tomado la decisión correcta. Easley vio que el ánimo del hombre se transformaba por completo.

Esa primera noche en la casa hicieron el amor en el suelo del salón. Él supo entonces que quería a Helen más que a su propia vida. En ese momento imaginó que la alegría y el placer que le proporcionaba el cuerpo de ella era más completo que el que ningún hombre había conocido jamás. Compuso y tomó una fotografía mental de ella, bajo esa luz, en ese espacio y ese instante. Tuvo la presencia de ánimo necesaria para intuir que ése era para él un punto culminante. Fue un presentimiento. No cabía esperar que, pasada esa noche, su vida pudiera ser mejor. Para Easley, fue como si juntos hubieran descubierto, *inventado*, algo profundo y nuevo. Sacude la cabeza ante una idea tan ridícula. Deseó decirselo a Helen, pero se lo pensó mejor. A pesar de tener casi doce años menos que él, tal vez se habría reído a carcajadas de esas fantasías adolescentes.

¿Cómo es posible, se pregunta, que me haya alejado tanto de aquella noche?

El chico entra en la cueva con la guerrera repleta de mejillones, una sonrisa relajada en los labios, orgulloso de todo lo que ha conseguido.

—Veo que has estado ocupado —comenta Easley, lanzando una mirada hacia donde antes caía el caudal del arroyo—. Algún día serás una esposa perfecta para alguien.

El muchacho se acomoda la carga en un solo brazo para liberar la otra mano y le dirige un insulto levantando el dedo del corazón.



Esta noche no podrán encender fuego. Ni siquiera de esa luz grisácea queda ya mucho rato, y no hay tiempo para organizar una búsqueda de leña. El viento empieza a levantarse. Observan y aceptan todo esto sin pronunciar palabra. Ya han comenzado a desarrollar un vocabulario a base de miradas y gestos.

Escuchando el azote del viento en la costa, rompen las conchas de los mejillones y se los comen. Ninguno de los dos se sacia, porque ingieren sólo lo mínimo para matar el hambre. Esa carne cruda y gomosa ha empezado ya a repugnarles. En ese momento de desaliento, Easley debe buscar una manera de darse ánimos, a sí mismo y al chico.

Mañana, dice, cavaremos un hoyo para la fogata como es debido. Cocinarán en hogueras más pequeñas que calienten más y requieran menos leña. Las piedras retendrán el calor, parte del cual incluso llegará hasta su lecho al fondo de la cueva. Quizá deberían colgar hamacas. En esta cueva, se esconderán y observarán al enemigo hasta que sea posible hacer señales de socorro a los aviones en sus misiones de bombardeo, o unirse a la invasión que sin duda llegará. Los japoneses llevan aquí ya diez meses. ¿Cuánto tiempo más va a permitir Estados Unidos una afrenta así?

El chico mueve la cabeza en un gesto de asentimiento. Por ahora parece resignado a atenerse a razones al margen del rango y el procedimiento. Eso complace a Easley, porque deben coincidir en todas y cada una de sus decisiones. Deben estar de acuerdo. La paz entre ellos es su única protección.

Esa noche, en el nido, el chico se tapa hasta el mentón con el paracaídas.

—Amenaza tormenta —anuncia.

Easley escucha la furia del *williwaw*, el viento huracanado característico de las Aleutianas. Desciende a gran velocidad por las frías laderas de los montes hasta el mar. Una vez abajo, el viento se

convierte en un alud, toda una estampida de sonido y sensaciones que arranca la humedad de los ojos, amilana y tira al suelo. Él también se arrebuja con la seda y se maravilla de su buena suerte por haber encontrado cobijo a tiempo. Mientras el viento se abre paso a embestidas por la tierra, sólo una ligera brisa acaricia sus mejillas.

—¿Qué es lo primero que quieres hacer cuando salgas de aquí?  
—pregunta el chico, que tiene la espalda contra la de Easley.

—¿Lo primero? —Deja escapar un suspiro—. Sentarme ante un filete y un pastel de chocolate. ¿Y tú?

—Una ducha. Unas chuletas. Emborracharme y dar un paseo en mi furgoneta con la calefacción a tope... No sabes lo mucho que me gustaría conducir un rato.

—¿Te espera alguien?

—Mi perra *Queenie*. Ya es vieja, pero me tumba igualmente.  
—Se vuelve boca arriba—. ¿Qué fue de aquella chica tuya tan afortunada?

Easley no siente ya la menor ira, ni hacia el chico por haberlo preguntado, ni hacia Helen, ni hacia sí mismo. Se plantea contárselo todo, pero el muchacho se le adelanta.

—Si no te apetece hablar de esas cosas, no lo hagas. No quiero entrometerme.

—Tranquilo, da igual.

Se oye un ruido atronador en la orilla, allí donde una ola descomunal se empala en el saliente. Guardan silencio por un instante, atentos a esa violencia.

—Creo que deberíamos imponer una regla —prosigue el chico—. No nos andemos con bobadas y contestemos a las preguntas sin rodeos. Nada de cuentos chinos ni secretos. Nada de idioteces. Tal como yo lo veo, nos lo debemos mutuamente. Bien podríamos ser los dos últimos hombres en la tierra. Concedámonos, pues, el honor de ser francos el uno con el otro.

—Me parece bien.

—¿Crees que volveremos algún día a casa?

—Puede que tardemos un tiempo. —Es lo más cerca a la verdad que puede llegar.

—Una parte de mí tiene planes para mañana —contesta el chico—. Ciertas ideas de cómo conseguir carne y leña. Mejorar las cosas hasta que vengan a buscarnos. Y otra parte de mí se siente como un fantasma. Como si estuviéramos ya rondando este lugar y no nos hubiéramos dado cuenta siquiera de que hemos muerto.

—Oye, los dos somos fuertes. Encontraremos comida más aceptable. El tiempo mejorará. Ya es primavera... Tú has puesto una regla. Ahora yo propongo otra: cada uno tendrá un solo intento para esto, para quejarse, una sola ocasión. El otro escucha, le dice que es un llorica, y luego nos ponemos otra vez manos a la obra. Ésta es tu oportunidad para gimotear, así que más vale que la aproveches.

La risa del chico acaba en tos, y después en silencio.

Al cabo de unas horas Easley despierta sobresaltado. El viento parece haber amainado por completo. No debe de faltar mucho para el amanecer. Más allá de la playa, por encima del estruendo y los silbidos de las olas, oye el borboteo de un motor fueraborda y el chapoteo del casco entre el oleaje. Se acoda y escudriña la oscuridad. Un potente haz de luz barre la playa. Ilumina la boca misma de la cueva, pero no se detiene. ¿Una lancha de rescate de un buque de la Marina estadounidense? Esa primera esperanza enseguida se desvanece. Una embarcación tan pequeña sólo podía proceder de la propia isla.

Poco después desaparecen la luz y los sonidos. El chico no se ha movido. Easley vuelve a tenderse junto a él.